

**SOCIEDAD LATINOAMERICANA DE ECONOMÍA POLÍTICA Y
PENSAMIENTO CRÍTICO (SEPLA)**

**I COLOQUIO INTERNACIONAL: “AMÉRICA LATINA EN MOVIMIENTO:
CONSTRUYENDO ALTERNATIVAS AL NEOLIBERALISMO”**

Santiago de Chile, Universidad ARCIS, 09, 10 y 11 de noviembre de 2006

**De la crisis al neodesarrollismo. Tendencias estructurales y política
económica en Argentina desde fines de la convertibilidad**

Por Mariano Féliz (octubre 2006).*

*. Mariano Féliz es Licenciado en Economía, Magíster en Sociología Económica y Doctorando en Ciencias Sociales (UBA) y Economía (Paris 13/Nord). Miembro del CEIL-PIETTE del CONICET y Docente-investigador de la Universidad Nacional de La Plata de Argentina, es también militante de la agrupación Galpón Sur de la ciudad de La Plata (Argentina) y de la agrupación Brancaléone de docentes y graduados de la Universidad Nacional de La Plata. Correo electrónico: mfeliz@ceil-piette.gov.ar / marianfeliz@gmail.com

INDICE

De la crisis al neodesarrollismo. Tendencias estructurales y política económica en Argentina desde fines de la convertibilidad	1
Crisis y ‘valorización financiera’	4
Convertibilidad, composición de clases y crisis	6
Consolidación estructural de los objetivos del proyecto ‘neoliberal’	7
I	7
II	7
III	8
IV	8
De la economía política de la nueva política económica	10
I	10
II	11
III	12
IV	13
V	14
VI	14
Tendencias más allá de la convertibilidad	17
Reflexiones finales: Más allá del neodesarrollismo	18
Bibliografía	20

De la crisis al neodesarrollismo. Tendencias estructurales y política económica en Argentina desde fines de la convertibilidad

Por Mariano Félix (octubre 2006)*.

Luego de la crisis concluida violentamente en 2002 el capitalismo argentino ha recuperado tonicidad. Finalizada la profunda crisis de las formas capitalistas, el capital ha recuperado su posición de dominio sobre la sociedad. ¿Estamos a las vísperas de un proceso novedoso en la Argentina? ¿Vuelven los míticos tiempos felices del Estado de bienestar periférico?

En este texto buscaremos mostrar que (1) hoy atravesamos la etapa de consolidación de la reestructuración capitalista iniciada a mediados de los setenta, que (2) esto supone una nueva forma de activismo estatal que podemos denominar neo-desarrollista y que (3) no se inicia un proceso de desarrollo novedoso en la Argentina sino que estamos en los albores de una nueva consolidación hegemónica con sus consiguientes tendencias contra-hegemónicas.

Palabras claves: crisis, desarrollo, Argentina, clases sociales, política económica

De la crisis al neodesarrollismo. Tendencias estructurales y política económica en Argentina desde fines de la convertibilidad

Por Mariano Félix (octubre 2006)¹.

La crisis que concluyó en Argentina en 2002 marcó un punto de quiebre. No porque se haya terminado con la etapa de valorización financiera en la Argentina como sostienen algunos autores (Basualdo, Schorr y Lozano, 2002). Lo que marcó la salida de la convertibilidad fue el fin del proceso de ‘reestructuración regresiva’ del capitalismo argentino. Pero eso no señala el comienzo de un modo de desarrollo productivo con equidad (CEPAL, 1996) sino que marca el comienzo de una etapa de relativa estabilización de la relación-capital.

Crisis y ‘valorización financiera’

* Mariano Félix es Licenciado en Economía, Magíster en Sociología Económica y Doctorando en Ciencias Sociales (UBA) y Economía (Paris 13/Nord). Miembro del CEIL-PIETTE del CONICET y Docente-investigador de la Universidad Nacional de La Plata de Argentina, es también militante de la agrupación Galpón Sur de la ciudad de La Plata (Argentina) y de la agrupación Brancalone de docentes y graduados de la Universidad Nacional de La Plata. Correo electrónico: mfeliz@ceil-piette.gov.ar / marianfeliz@gmail.com

¹ Mariano Félix es Licenciado en Economía, Magíster en Sociología Económica y Doctorando en Ciencias Sociales (UBA) y Economía (Paris 13/Nord). Miembro del CEIL-PIETTE del CONICET y Docente-investigador de la Universidad Nacional de La Plata de Argentina, es también militante de la agrupación Galpón Sur de la ciudad de La Plata (Argentina) y de la agrupación Brancalone de docentes y graduados de la Universidad Nacional de La Plata. Correo electrónico: mfeliz@ceil-piette.gov.ar / marianfeliz@gmail.com

La crisis de mediados de los años setenta dio comienzo a un intento de re-estructuración de las relaciones capitalistas en la Argentina. La re-estructuración se inició en los setenta por el bloqueo de la valorización del capital en el marco de un país capitalista dependiente donde el movimiento obrero había alcanzado altos niveles de organización (Féiz y Pérez, 2004). El bloqueo que se produjo en la reproducción del capital expresaba la disputa (política) por el control de la sociedad. El uso de la violencia a escala ampliada por parte del capital y el Estado sobre los trabajadores (asesinatos, desapariciones, exilio) dan cuenta de la magnitud de las dificultades que el capital enfrentó para garantizar su control unilateral de la sociedad.²

Hasta 1989 la Argentina fue escenario de un profundo conflicto para recomponer una relación adecuada entre la masa de trabajo excedente apropiable (plusvalor) y el capital variable. esa disputa se expresó en la creciente inflación, la fuga de capitales y el abandono de la inversión reproductiva por parte del capital; todos ellos fueron signos evidentes de las dificultades de los sectores capitalistas para imponer su hegemonía. La llamada valorización financiera no expresaba tanto un régimen de acumulación (en la terminología usual de las corrientes regulacionistas) sino las dificultades capitalistas para imponer su dominio sobre la sociedad. La valorización financiera no expresó sin más el carácter rentista de la burguesía argentina (Notcheff, 1994) sino que marcaba lo inacabado de la reestructuración y la necesidad del capital de mantenerse en su forma más líquida como capital-dinero.

Los años ochenta sirvieron para crear las condiciones estructurales para la nueva etapa. Vale aclarar que no sostenemos un enfoque teleológico de la dinámica del capitalismo al señalar que la etapa de valorización financiera haya sido un paso indispensable del desarrollo del capitalismo hacia la necesaria superación de sus contradicciones. Por el contrario, dado que esa etapa expresó las dificultades del capital para reestructurarse y controlar al trabajo, la reestructuración podría no haber sido exitosa en términos de los objetivos capitalistas (como creemos que lo fue, al menos en parte). En efecto, la crisis iniciada en los setenta podría haberse prolongado o la organización del sistema podría haberse orientado en un sentido diferente (¿socialista?) al que eventualmente tomó. Que el proceso se haya resultado como ocurrió es producto de la historia de las luchas y no de las restricciones estructurales o determinaciones sistémicas.

La hiperinflación de 1989 primero y la convertibilidad del peso, en 1991, fueron los hitos que marcaron el comienzo de la definición del proceso a favor del capital. Eso fueron los noventa: años de la reconstrucción de la hegemonía capitalista (Bonnet y Glavich, 1993). La consolidación de los grandes grupos económicos como agentes dominantes del proceso de reproducción de la sociedad (sobre la base de la centralización y concentración del capital) y la dependencia financiera externa (deuda externa pública y privada) se constituyeron en las palancas claves de la consolidación hegemónica (Aspiazú, Basualdo y Khavisse, 2004). El capital financiero pudo ocupar en la etapa su papel como representación del capital en general, es decir como instrumento para forzar la consolidación capitalista. Su dominio operó como garantía del proceso.

² Este concepto contrasta con la idea usual de ‘agotamiento’ de la sustitución de importaciones, la cual nos parece demasiado objetivista u estructural.

Convertibilidad, composición de clases y crisis

Las reformas estructurales marcaron el cuadro ordenador de la nueva Argentina que se estaba terminando de construir (Félicz, 2005). La convertibilidad de la moneda fue un elemento táctico en el marco de la estrategia capitalista de dominación social. Dado que el capital es trabajo bajo una forma alienada, objetivada, dominada, el mismo necesita que éste (el trabajo) se mantengan 'dentro de él' (dentro del capital), dentro de las condiciones básicas de su dominación-valorización. La convertibilidad permitió a la vez contener al trabajo dentro del capital y garantizar la definitiva hegemonía del gran capital.

La convertibilidad fue la síntesis de una nueva composición de clase favorable al capital y dentro de éste, al gran capital. La salida de la convertibilidad permitió al capital hacer efectiva la nueva composición de clase que se terminó de constituir en los noventa, es decir la nueva articulación de poder al interior de la clase dominante y de ésta frente a la clase trabajadora. La composición de clase refleja la correlación de fuerzas sociales dentro del capital (Cleaver, 1992a). El capital es una relación social entre el trabajo (trabajo vivo) y el capital (trabajo objetivado) que se expresa también como múltiples capitales (grandes y pequeños, productivos y financieros) que compiten entre sí. En consecuencia, la composición de clase refleja una determinada estructura de poder entre trabajo y capital y dentro del capital mismo. Esa composición es por ello una composición política que registra la capacidad de organización, resistencia y lucha de las fuerzas sociales en pugna.

En esta clave debe leerse la salida de la convertibilidad. La misma fue resultado del desgaste de una táctica capitalista pero no producto del fracaso de su estrategia. Si algo mostró la salida violenta de la década de los noventa fue la imposibilidad del capital de reproducirse sin el trabajo y de ejercer un dominio absoluto sobre la sociedad. La crisis mostró que el capital no puede generar dinero del dinero sino que requiere siempre de la explotación y dominio del trabajo.

La crisis dio cuenta de que el capital supone y necesita de la violencia y muerte pues su control sobre la sociedad es siempre precario. En la crisis el capital se ve desbordado y pierde su carácter objetivo, apareciendo como lo que es: una relación de dominio de una parte de la sociedad sobre el resto en base a la (re)apropiación sistemática de los medios de producción y reproducción. En la crisis el capital pierde su máscara y se muestra tal cual es: una relación entre personas ("cara-a-cara", Dussel, 1991). En ese momento, trabajadores y capitalistas se enfrentan cara-a-cara ya no solamente por el control de los procesos inmediatos de producción sino por el control de la sociedad toda.

Depreciación del capital obsoleto (quiebra y absorción de innumerables capitales), desvalorización de la fuerza de trabajo (30% de caída en los salarios reales en los primeros meses de la pos-convertibilidad) y consolidación de la estructura productiva dominada por el capital transnacionalizado (consolidación de la posición hegemónica de los grupos económicos locales y las transnacionales). La crisis hizo evidente lo que ya se sabía: que la concentración y centralización del capital había (im)puesto definitivamente al gran capital (productivo, no financiero) como eje de la acumulación y la precarización y pauperización de la fuerza de trabajo sería un elemento permanente de la nueva forma del capitalismo (más allá del neoliberalismo). Entre 1993 y 2002 las grandes empresas no financieras aumentaron su valor agregado en términos reales un 140%, mientras que el valor agregado total de la economía argentina cayó 0,5% entre esos años. En 2002, el valor agregado por las grandes empresas no financieras representó el 23,5% del PBI.

En Argentina, el siglo XXI comenzó un par de años después que la fecha programada: 2001 marcó el fin del ciclo de reestructuración (iniciado casi treinta años antes); 2002 señaló el comienzo de la nueva etapa de hegemonía del capital.

Consolidación estructural de los objetivos del proyecto ‘neoliberal’

La etapa actual señala ya las tendencias del nuevo modelo económico post-convertibilidad: elevados niveles de explotación del trabajo, creciente explotación de los recursos naturales, capitalización (privatización/mercantilización) de todas las esferas de la vida y extroversión del capital (dominio de la salida exportadora). Pero esas tendencias se constituyeron en los últimos treinta años y se consolidaron en los noventa. La salida de la convertibilidad básicamente consolidó el patrón de altos niveles de explotación del trabajo que se fue estructurando a lo largo de tres décadas.

I

El primer resultado observable del capitalismo post-convertibilidad en Argentina es un nivel de salarios que se mantiene por debajo de los promedios de los últimos treinta años. Junto con esto se afirmó un incremento violento en la relación entre plusvalor y capital variable que en realidad no hace sino reflejar la estructura que se conformó definitivamente en la década anterior; la relación ganancias/salarios pasó de 56/32 a 61/24, o de 1,79 veces a 2,54 entre el promedio 1996-1998 y el promedio 2002-2004.³ El aumento en los niveles de empleo a partir de 2002 se ha producido sobre la base de salarios un 12% (en promedio) menores que los que regían durante la década anterior.⁴

Debemos resaltar que aun con menores salarios globalmente la capacidad de creación de puestos de trabajo en los años recientes (2002-2005) no es superior a la de los ‘años dorados’ de la convertibilidad (1996-1998).⁵ A pesar del violento efecto de la devaluación de la moneda sobre los precios relativos no se ha producido ningún efecto significativo sobre la denominada elasticidad empleo-producto (es decir, la relación entre el crecimiento proporcional del empleo y el crecimiento proporcional del producto). Esto da cuenta de la dependencia tecnológica del capitalismo argentino. En efecto, dado que los patrones de tecnología son internacionales (ligados a los procesos de innovación de los grandes capitales a escala global) los llamados precios relativos locales (relación entre salarios y precio de los medios de producción) no alteran significativamente la estructura tecnológica del capital de manera tal que no modifican de manera sustancial la relación que existe entre la producción de mercancías y el empleo de fuerza de trabajo.

II

Por otra parte, la privatización de crecientes ámbitos de la vida se afirmó en los primeros años del nuevo milenio. Tanto la apropiación privada de los recursos naturales como la

³ Elaboración propia sobre la base de datos del CEPED. Ver Lindemboim, Graña y Kennedy (2005).

⁴ Hay que recordar que este promedio es engañoso. Después desde finales de 2001 mientras los salarios de los trabajadores formales (que representan cerca de 50% del peso en el índice de salarios, aunque representan el 38% de la fuerza de trabajo asalariada ocupada) recuperaron su poder de compra en 2006, los salarios de los trabajadores informales y estatales (que presentan en conjunto el 50% del índice pero 62% de los asalariados ocupados) se encuentra aun un 22% y 29% por debajo respectivamente.

⁵ Fuente: A la largo del texto a menos que se aclare lo contrario la fuente de datos es el Ministerio de Economía y/o el INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos).

producción y distribución privatizada de los amplios ámbitos ligados a espacios comunes se han confirmado.⁶

En 2002, 116 empresas entre las 500 más grandes pertenecían a ramas de extracción o procesamiento de recursos naturales, contra 105 para el promedio de 1993-1998. En términos de valor de producción esas empresas producían en 2002 182% más valor (a pesos constantes) que en el promedio de 1993-1998.

La primacía del lucro como fin de las actividades de explotación y uso de los recursos naturales (el petróleo y el gas, la tierra cultivable, el agua, el aire, los montes y las selvas) continúa degradando hasta niveles insospechados nuestra (Madre)Tierra y expulsando a quienes hace años (décadas, siglos) se dedican a su conservación (los pobladores originarios, los agricultores y campesinos).⁷ De las 500 empresas de mayor facturación la proporción de las empresas privatizadas a pasado de 12,3% para el promedio 1993-1998 (62 empresas) a 14,6% en 2002 (73) y su valor de producción creció más que el promedio de las grandes empresas.

III

Por último, cabe resaltar que el patrón extrovertido, orientado hacia el mercado mundial (exportador e importador), de la economía argentina que parece perfilarse en los años recientes es el reflejo de las tendencias que se constituyeron durante la etapa de reestructuración y se consolidaron en los años noventa.

Los grandes grupos económicos que fueron ampliando su dominio sobre la economía argentina por décadas siempre tuvieron un impulso exportador significativo. Mientras que en 1993 para la economía argentina en su conjunto las exportaciones de bienes eran equivalentes a sólo 79% de las importaciones de bienes, para las 500 grandes empresas ese mismo año la relación era de 103%. Hacia 2002, inmediatamente después de la devaluación, la relación era de 285% y 320% respectivamente. Como se observa, la tendencia 'exportadora' de las grandes empresas es siempre mayor a la de la economía en su conjunto. En 2005, la relación exportaciones/importaciones había caído a 139% para el conjunto de la economía.⁸

IV

Este patrón extrovertido se afirma en el creciente desplazamiento (caída) del consumo popular como base de la esfera de la circulación y la estructura fuertemente dependiente del consumo capitalista-suntuario. Según la contabilidad nacional el consumo privado en la Argentina es el 66% del ingreso total. Dado que la masa de salarios es el 24% de ese

⁶ El espacio común involucra desde el aire, el agua y el subsuelo, hasta el espacio radioeléctrico, la educación y la salud. Es decir, todo aquello que puede ser compartido y consumido conjuntamente. Aun la libertad y la autonomía podrían pensarse como espacios comunes pues se construyen colectivamente y su privatización invalida su concepto (¿Qué es mi libertad si mi actividad vital se estructura en torno al trabajo forzado? Es decir, ¿puedo ser libre si vivo para trabajar? ¿Cómo puedo ser autónomo si el poder de hacer mis propias reglas se reduce al ámbito privado de mi hogar?).

⁷ Las experiencias de 'recuperación' estatal de las empresas privatizadas son más bien limitadas y en muchos casos simplemente un financiamiento (subsidio) estatal encubierto.

⁸ La tendencia del capital a participar activamente del mercado mundial es lo que se encuentra detrás de los impulsos integracionistas de los grandes capitalistas que operan en Argentina. La tendencia capitalista a la integración del mercado latinoamericano se enfrenta, en contradicción dialéctica, con la tendencia de los Pueblos que buscan la integración de las luchas.

mismo ingreso total, el otro 42% (es decir, 2/3 del consumo total) corresponde al consumo de los no-asalariados (capitalistas y clases asociadas).

No afirmamos que la estructura de la demanda sobre-determine la estructura productiva. Al contrario, la estructura de la demanda global se encuentra anclada en la consolidación de un patrón productivo capitalista de alta explotación y alta segmentación de la estructura de clases (alta desigualdad al interior de las clases y, sobre todo, entre ellas). Determinadas relaciones entre los componentes del capital en la producción se traducen en restricciones particulares en la esfera de la distribución y la circulación del valor. La producción del capital requiere y crea su propio espacio de circulación.

El aumento en la explotación reduce relativamente la capacidad de la fuerza de trabajo de demandar mercancías mientras que el aumento en la segmentación entre clases conduce a un aumento relativamente veloz de la demanda de consumo de los capitalistas, gerentes y directivos (con ingresos altos derivados de la mayor explotación). Entre 1998 y 2005 los ingresos de los asalariados en puestos gerenciales en el sector privado aumentaron un 43% mientras que en el caso del resto de los asalariados el aumento fue de sólo 31%.

Estos movimientos inducen el crecimiento de las importaciones y el aumento de las exportaciones. Por un lado, mientras las grandes empresas son fuertemente dependientes de los insumos importados para la producción y los capitalistas son fuertes consumidores de importados (incluido turismo internacional) pues tienen un patrón de consumo dependiente, por otro el desarrollo capitalista con bajos salarios y alta explotación induce las exportaciones pues las hace relativamente más rentables que la producción para el mercado doméstico.⁹

⁹ El patrón de gasto dependiente de las clases dominantes se asocia a su voluntad de estructurar su consumo en base al consumo estándar en los países capitalistas dominantes (Furtado, 1974). Esto los conduce a gastar excesivamente en el exterior e internamente a consumir muy por encima de los niveles de consumo medios del resto de la población.

De la economía política de la nueva política económica

Este es el marco estructural en el que debe ser interpretada la nueva política económica, que llamamos neo-desarrollista.

El neo-desarrollismo pone como objetivo prioritario el crecimiento económico con eje en el sector productivo. En aparente contraste con las políticas de los años no-desarrollistas del período 1975-2002 donde habría sido actor privilegiado el capital financiero, el (neo)desarrollismo promueve la expansión del sector industrial. Aparentemente, el crecimiento del capital productivo conduciría al desarrollo social por arrastre. Más allá de los contrastes discursivos, opera detrás de esa lectura el mecanismo de derrame que en los años no-desarrollistas era tan defendido. Al parecer, el crecimiento económico resolverá por sí mismo los problemas que trae el capitalismo y acentuados por la situación de dependencia de la economía argentina. Según el neo-desarrollismo con sólo esperar, el capital(ismo), ya no financiero sino industrial, conducirá a la desaparición de la pobreza, al fin de la depredación y la explotación laboral, a terminar con las desigualdades.

¿Nadie ha explicado por qué ha cambiado la naturaleza del capital? ¿Y dónde quedaron los capitalistas rentistas, hoy devenidos, al parecer, en nueva burguesía nacional? ¿Por qué dejará de aprovechar al máximo las posibilidades de reducir los salarios, de devaluar la fuerza de trabajo y de precarizar las condiciones de trabajo, cuando cientos de años de historia muestran lo contrario, su rapacidad y su ansia despiadada por expandirse sin límites?

Al parecer, según los defensores del neo-desarrollismo, el capitalismo (en) serio no es tan salvaje como el neoliberal. Eso es llamativo ya que todavía hoy cerca de $\frac{3}{4}$ de los puestos de trabajo creados son precarios (en 2003 y 2004 el 75% de los empleos creados fueron clandestinos, precarios o no registrados)¹⁰, con salarios inferiores a los años noventa y a pesar de que los trabajadores producen más que en 1998 la pobreza es más de 40% superior.

I

El neo-desarrollismo sostiene su estrategia de desarrollo en la expansión ampliada de las relaciones capitalistas de producción. Bajo un discursos anti-mercados el neo-desarrollismo continúa promoviendo los negocios del gran capital. Lo que han cambiado son las formas pero no la esencia de la estrategia. En la pos-guerra la intervención estatal redistribuía los recursos públicos directamente o indirectamente a los sectores capitalistas promoviendo su desarrollo por ejemplo mediante industrias estatales que subsidiaban la producción privada estableciendo bajos precios y con la promoción de la IED. El neo-desarrollismo sostiene los mismos objetivos con un cambio en la forma de promoción de la acumulación privada. Hoy en lugar de la inversión directa por parte del Estado, en general se prefiere el mecanismo de los fondos fiduciarios como instrumento de subsidio directo a la producción capitalista.¹¹ Sólo en casos excepcionales el Estado viola la ‘sagrada ley

¹⁰ Ver Lozano, Rameri y Raffo (2005).

¹¹ Los fondos fiduciarios (FF) son fondos constituidos con recursos públicos destinados al financiamiento de proyectos específicos. A diferencia de los fondos especiales o asignaciones específicas de otras épocas, los FF no se gestionan centralizadamente dentro de la administración general de los fondos gubernamentales, sino que el manejo de esos recursos queda por fuera de las normativas de control vigentes.

natural' de la propiedad privada, recuperando servicios privatizados. En esos casos el Estado se convierte en socio del capital, socio directo en la explotación del trabajo. Convertido en participante minoritario el Estado facilita las condiciones para la producción capitalista en las nuevas empresas mixtas.

La inversión extranjera directa (IED) continúa siendo un eje de la política (neo)desarrollista. No hay señales que indiquen la reducción del peso del capital trasnacional en la economía argentina. En 2002 el 57% de las 500 más grandes empresas eran extranjeras (50% o más de su capital era propiedad de no residentes) mientras que en el promedio de 1993-1998 sólo 40% lo era. Son los ejes de una política 'seria' y 'responsable'. La seguridad jurídica de las inversiones capitalistas continua siendo la prioridad estatal.

Por otra parte, hoy es poco relevante el concepto de nacionalidad del capital pues todas las ramas están dominados por capitales extranjeros o nacionales con fuerte tendencia a la trasnacionalización. El concepto relevante es el de capital global doméstico. Es decir, el conjunto del capital que se produce y reproduce dentro un territorio nacional. No importa la nacionalidad del capital pues en cualquier caso su valorización depende esencialmente de la explotación del trabajo local. Esencialmente pero no únicamente pues en definitiva el conjunto del capital global mundial (y con él, los distintos capitales domésticos) existen gracias a la explotación conjunta de la fuerza de trabajo mundial.

II

La lucha contra la inflación aparece como un elemento clave del desarrollismo de vieja usanza. Esa batalla está al frente de la agenda neo-desarrollista. Pero hay más detrás de ella de lo que se percibe. La inflación y la lucha estatal contra ella es expresión de las dificultades del capital bajo la forma de múltiples capitales en competencia de enfrentar la negativa obrera a la precarización de sus condiciones de trabajo.

La lucha obrera por mejoras en las condiciones de trabajo enfrenta siempre la resistencia tenaz del capital. En etapas de recuperación económica, una de las formas de expresión de esa resistencia es la inflación. El capital busca neutralizar las presiones obreras devaluando la fuerza de trabajo a través de la suba de precios. Es decir, suben los precios porque los capitalistas intentan bajar el valor de la fuerza de trabajo. Es la rigidez de la ganancia empresaria la que conduce a la inflación.

Sin embargo, la estrategia de devaluación salarial descentralizada (es decir, llevada adelante por los capitales en competencia) por medio de la inflación es viable aunque sólo parcialmente eficaz pues conspira contra las posibilidades de reproducción ampliada del capital en la era del capital trasnacional.

Bajo el supuesto de rigidez en la ganancia, la estrategia capitalista de compresión salarial vía inflación tiende a reducir su competitividad vis-a-vis el capital internacional. Eso es evidente para todos y por ello el capital en su conjunto exige a gritos la intervención del Estado en la regulación salarial. El techo salarial actúa como una estrategia de coordinación del capital para contener bajos los salarios, sosteniendo a su vez la competitividad internacional. El Estado actúa en este caso como mediación de la relación capital funcionando en los hechos como capitalista colectivo ideal.

De esta manera se entiende la política de limitar los aumentos salariales al 19% en 2006 y mantener el salario mínimo por debajo de la canasta básica, a pesar de que en el segundo semestre de 2005 un cuarto de los hogares (24,7%) eran pobres, los salarios de los trabajadores formales recién a mediados de 2006 recuperaron, en relación a 2001, su poder

de compra en relación a la canasta alimentaria y los salarios de estatales e informales debería subir no menos de 45% para compensar la caída desde 2001 (Félicz, 2006).¹²

El capital exige la mediación del Estado y las burocracias sindicales para enfrentar el conflicto que no puede controlar en su seno. En este conflicto la nueva composición de la clase obrera ubica en el centro de la escena a nuevas fracciones dominantes dentro de la clase: el sindicato testigo es hoy el de Choferes de Camiones, gremio al que pertenece el Secretario General de la CGT (Confederación General del Trabajo), desplazando a los gremios metalúrgicos que tradicionalmente ocuparon ese lugar.

III

El desarrollismo tuvo como uno de sus ejes la lucha por la reestructuración capitalista y el aumento de la productividad del trabajo. Las campañas por la racionalización del trabajo fueron características de las décadas de 50 y 60. La lucha de las empresas por la racionalización se vincula directamente a su necesidad de aumentar la productividad del trabajo, reducir costos y aumentar sus beneficios. Para los trabajadores esto siempre significó la pérdida de autonomía, la tendencial descalificación de sus tareas y el aumento en la intensidad laboral.

Esto no es el resultado simplemente de la racionalidad de la organización productiva sino de su racionalidad capitalista. Pues la tecnología como cualquier construcción humana tiene una determinación política esencial: no sólo sirve para hacer más productivo al trabajo (la base conceptual de la demanda de reducción en el tiempo de trabajo) sino que en el capitalismo sirve para debilitar la organización de los trabajadores, limitando su capacidad de resistir los permanentes intentos de precarización e intensificación del trabajo (Marx, 1994[1867]). Bajo su forma capitalista, la tecnología se convierte en un arma contra los trabajadores y en lugar de reducir la carga de trabajo sólo sirve para aumentarla. Sólo la lucha de los trabajadores por la reducción de la jornada laboral ha conseguido avances en ese sentido; la tendencia capitalista opera en el sentido contrario.

En el desarrollismo, la fortaleza de los trabajadores organizados buscaba ser limitada a través de la tecnología, entre otras cosas, intentando acotar los aumentos salariales al aumento de la productividad. La racionalización (y el aumento de la productividad del trabajo) se convertía en una consecuencia del poder obrero y un instrumento de batalla del capital. ¿El neo-desarrollismo tendrá la misma necesidad del productivismo?

Los empresarios insisten con la necesidad de ligar los aumentos salariales a la evolución de la productividad. Claro que hoy eso congelaría la distribución del valor creado en la desigual relación que alcanzó después de la devaluación.

Irónicamente las condiciones en que opera el neo-desarrollismo no inducen una tendencia clara a la racionalización capitalista. Precisamente, la necesidad capitalista de la racionalización es producto de la lucha en la producción, de la resistencia obrera, del costo de forzar la producción de plusvalor. Luego de la reestructuración, el costo de extracción de trabajo excedente se ha reducido a niveles que disminuyen fuertemente la necesidad del capital de innovar e incorporar tecnología. La pregunta que el capitalista se hace es ¿me

¹² Recientemente se realizó una reunión del Consejo del Salario. En este ámbito la CGT y las asociaciones representativas del gran capital acordaron un incremento salarial del 19% para los salarios básicos de los trabajadores formalizados del sector privado. Si bien les permitirá alcanzar la línea de pobreza sólo involucra al 38% de la fuerza de trabajo ocupada. Además, el aumento salarial no da cuenta del fuerte incremento en la productividad laboral desde 2001.

conviene incorporar una máquina (que permite aumentar la productividad) y ganar más, o es preferible seguir utilizando los obreros que hoy tengo con bajos salarios y jornadas más largas e intensas? En la Argentina neo-desarrollista la pregunta es fácil de responder a favor de la segunda alternativa. Paradójicamente sólo la lucha exitosa de los trabajadores por aumentar sus salarios, reducir sus jornadas de trabajo y/o reducir la intensidad del trabajo podrá eventualmente inducir al capital a competir buscando mejorar la tecnología.

IV

Si durante el desarrollismo el capitalismo se hallaba en una etapa de integración parcial (y creciente) luego de la segunda guerra mundial, la etapa actual se caracteriza por la total integración del ciclo del capital.

En los cincuenta y sesenta la punta de lanza de la integración global era la IED (la cara más visible del imperialismo). El capital mundial integraba y condicionaba la economía nacional sobre la base de esa articulación (la producción a escala multinacional). Hoy, el capital global está integrado en todas las fases del ciclo del capital local y en todas sus formas (mercancías, producción, dinero). Como lo señalaba Marini el proceso de integración transnacional del ciclo del capital ha sido un largo proceso histórico estrechamente vinculado a las condiciones de dependencia de las naciones de la periferia (Marini, 1979).

Primero, una parte importante de los medios de producción e insumos son importados: en 2005, un 82% de las importaciones, la mitad de eso máquinas y piezas, el resto insumos. Segundo, la financiación de las inversiones se encuentra en buena medida transnacionalizada: en 2005 el endeudamiento externo del sector privado no bancario alcanzó los 45 mil millones de dólares. Tercero, los procesos de producción están dominados por tecnología y gestión multinacional. La IED en la Argentina alcanzó en 2004 los 50280 millones de dólares y representaban el 79% del valor de los activos de las 500 empresas más grandes. Por último, el mercado mundial se ha convertido en un espacio clave para la realización de las mercancías producidas localmente: en 2005 las exportaciones representaban el 21% de la demanda global, mientras en 2001 sólo el 10,4%.

El capitalismo 'nacional' es hoy más que nunca parte integrante del mercado mundial. No existe un afuera (mercado mundial) y un adentro (mercado interno). El mercado mundial se encuentra constituido por los mercados nacionales, 'nuestro' mercado interno ya es mercado mundial (Dussel, 1988).

Antes el conflicto rápidamente se politizaba y estallaba al interior del estado-nación. La lucha era contra la burguesía nacional y contra las multinacionales en un marco de relativa autonomía del ciclo del capital a escala nacional. De parte del gran capital esa batalla suponía crecientes intentos por la racionalización de la producción. Sin embargo, esa etapa requería niveles de importación de maquinarias e insumos que eran excesivos en condiciones de una baja integración internacional del ciclo del capital (bajos niveles de exportaciones y limitados flujos de crédito internacional). La crisis (bajo la forma de ciclos de arranque y parada o *stop-and-go*) expresaba esa dificultad estructural para enfrentar la fortaleza obrera al interior del capital por medio de la racionalización productiva en una economía periférica.¹³

¹³ Cortez y Marshall (1985) han señalado la importancia que tenía la demanda de mercancías importadas durante el período clásico del *stop-and-go*, la etapa desarrollista.

Hoy en día la lucha por la competitividad global del capital doméstico (nacional o extranjero) se sostiene en la tendencia a la compresión infinita de las condiciones de existencia de la clase obrera y la ampliación sin límites de la explotación pues la contradicción entre trabajo y capital rápidamente se traslada al mercado mundial bajo la forma de fuga de capitales, depreciación/devaluación de la moneda y/o conflictos comerciales, es decir crisis externa. La dependencia profunda de la economía argentina se hace evidente sobre todo cada vez que el capital global doméstico siente que no puede competir internacionalmente.

En el presente la crisis se expresa como crisis externa pero no por falta de integración del ciclo del capital sino por el contrario por su completa integración al mercado mundial. Hoy el capital es inmediatamente capital global en todas sus formas y por ello tan pronto su valorización se dificulta, el capital se metamorfosea en moneda mundial y huye.

V

El superávit de las cuentas estatales se ha convertido en la piedra de toque del neo-desarrollismo. Más de 5% del producto bruto se destina a sostener ese resultado.

La preeminencia del capital financiero como medio de dominación del capital como un todo sobre la sociedad se expresa en parte a través de ese superávit. El saldo positivo en las cuentas fiscales institucionaliza la presión del capital sobre las políticas estatales. “La solidez fiscal es una de las herramientas con las que contamos para enfrentar la volatilidad de los mercados” señaló la Ministra Miceli (Diario Página/12, 14/6/2006). No podía ser más clara: la presión de los mercados, es decir del capital bajo su forma de capital-dinero, sobre el Estado conduce al mismo a llevar adelante una política de ‘austeridad fiscal’.

Si antes el carácter de clase del Estado se garantizaba a través del peso que la dinámica del capitalismo tenía sobre las cuentas públicas, hoy a eso se suma la presión directa de las finanzas. Nunca antes quedó más claro que el Estado es representación de los intereses de la burguesía.

Por otro lado, el excedente que no se utiliza para saldar la deuda hoy se utilizará para hacerlo mañana. Lo que sobra se transforma en reservas internacionales (moneda mundial) o pasa a alimentar un fondo contra-cíclico, el nuevo fetiche de los economistas para garantizar la solvencia inter-temporal del Estado, en auge o en recesión.

Como siempre la solvencia inter-temporal es siempre frente a los acreedores pero jamás frente a los trabajadores estatales, los jubilados, los desocupados, etc.; ellos siempre deberán esperar. Cuando la crisis venga (algo de lo cual no hay duda; la incertidumbre es sobre cuándo llegará y bajo qué forma) los acreedores tendrán, como siempre, una posición privilegiada para cobrar (Féiz, 2005b).

VI

Mientras que en la crisis la lucha es por la reproducción/bloqueo/superación de las relaciones sociales capitalistas y la distribución de los costos del estallido de las contradicciones del capital, el principal punto de conflicto en el capitalismo estabilizado es el conflicto obrero por el control de la producción y la apropiación del valor y la riqueza.

En la medida en que los trabajadores encuentran formas de organización que les permiten enfrentar el despotismo en la fábrica, las empresas buscan trasladar el conflicto interno (económico) y convertirlo en un conflicto político. Es decir, los capitalistas (tan reacios a la intervención del Estado en otras cuestiones) exigen la mediación estatal a los fines de canalizar (es decir, neutralizar y reprimir) el conflicto. La fábrica social (la sociedad toda)

se convierte, en el desarrollismo, en el ámbito privilegiado de expresión del antagonismo de clase.

En los noventa, el conflicto por el control del proceso de valorización no podía expresarse políticamente porque el capital había encontrado formas de contener (no anular) el descontento obrero al interior de los establecimientos fabriles. Junto a la recomposición política de la burguesía, la descomposición política de la clase obrera (producida por las transformaciones de la organización productiva, el desempleo y la precarización laboral, la cooptación de amplios sectores sindicales, la represión y la persecución judicial) desplazó la disputa al territorio, al barrio (Svampa y Pereyra, 2003).¹⁴ Los desocupados formaban el centro de la composición de la clase obrera y por ello se convirtieron en el eje articulador del conflicto social y el objetivo de las políticas públicas de asistencia/control social en la segunda mitad de los años noventa. La creación del Plan Jefes y Jefas de Hogar a comienzos de 2002 marcó el punto más alto de esa disputa.

En la etapa actual, luego de la crisis 1998-2002 los trabajadores ocupados recuperan un papel central en la composición política de la clase. La expansión en el empleo industrial y la reducción en la desocupación contribuyen a recrear las condiciones objetivas para el fortalecimiento de las organizaciones obreras.

Los nuevos parámetros ‘objetivos’ apuntalan las nuevas condiciones ‘subjetivas’ de organización de los trabajadores. Sobre la base de la nueva composición de clase, comienzan consolidarse las comisiones internas que en muchos casos desbordan a los mismos sindicatos. Esto últimos, intentando bloquear la autoorganización de los trabajadores, operan en los hechos como formas del capital.

El Estado es llamado nuevamente a canalizar el conflicto interno al capital a los fines de su neutralización. Si la mediación de la burocracia sindical no sirve, la presión (los famosos ‘aprietes’), la cooptación, la represión y la judicialización están siempre a la orden del día. La integración a la estructura del Estado de miembros conspicuos de importantes organizaciones sociales dan cuenta de la búsqueda estatal del control social a través de la cooptación de movimientos potencialmente antagonistas.

Los asesinatos por parte de las fuerzas conjuntas de represión estatal (de la policía de Buenos Aires, la policía federal y la gendarmería) de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki en 2002 marcaron el cierre del período de reestructuración, el inicio de la estabilización y la continuidad de la necesidad capitalista de la muerte como instrumento de dominio.¹⁵ La crisis no mata pero el capital mata en la crisis. La muerte es inmanente al capital pues supone el dominio de las cosas sobre las personas. Es decir, el capital mata en la crisis pero no sólo en la crisis.

La nueva centralidad de los trabajadores ocupados no significa que los trabajadores desocupados no tengan aun una posición privilegiada en la nueva composición de la clase obrera. La persistencia de niveles de desocupación superiores al 10% de la fuerza de trabajo activa (más de un millón de personas) más la existencia de miles de desocupados ocultos en la informalidad y la inactividad dan cuenta de su peso cuantitativo. Más importante, la consolidación de numerosas organizaciones sociales con base en los

¹⁴ La recomposición política de la burguesía se produjo bajo la hegemonía del gran capital en una ‘Comunidad de Negocios’ (Basualdo, 2001).

¹⁵ Sobre el asesinato de Santillán y Kosteki se puede ver la excelente investigación colectiva del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (2003).

trabajadores desocupados señala que éstos siguen estando en el centro de la escena. La forma que asumieron las políticas sociales en los últimos 15 años dan cuenta de su importancia política: en los noventa, los Planes Trabajar; en los primeros años post-convertibilidad, el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, en la actualidad, el Plan Familias y el Seguro de Capacitación y Empleo (Félic y Pérez, 2005). La novedosa reestructuración de los programas sociales en torno a éstos dos últimos tiene como uno de sus objetivos primordiales fomentar la desarticulación política de esas organizaciones. Mientras el Plan Familias busca reconducir a buena parte de los desocupados mujeres ‘de vuelta a la casa’, el Seguro de Capacitación y Empleo se orienta a todos aquellos considerados ‘empleables’ y que por lo tanto deben ser inducidos a trabajar (Pérez, 2005). Si antes las organizaciones de trabajadores desocupados mediaban los programas y por lo tanto sus recursos favorecían la organización política y social de los desocupados, las nuevas modalidades sólo sirven para individualizar a los beneficiarios (poniéndolos como primordiales responsables de acumular características que los hagan empleables) y contribuyen a descomponerlos políticamente.

Tendencias más allá de la convertibilidad

En estos primeros años del nuevo siglo XXI, nos encontramos atravesando una etapa de consolidación hegemónica del capital en Argentina.

No hay que confundirse: la convertibilidad no fracasó. Su éxito es evidente si observamos quiénes conducen hoy el proceso de recuperación capitalista: los grandes grupos nacionales, transnacionales y el capital financiero internacional, y sobre qué bases: los espacios que ganaron en la sociedad durante las últimas tres décadas y en particular la última (privatizadas, control de recursos comunes). El gran capital no sólo controla hoy todas las ramas de la producción sino que además maneja la mayoría de los recursos comunes de la sociedad: recursos naturales, espacio radioeléctrico y aéreo, la seguridad social, las finanzas, el comercio exterior, etc. Hay dos grandes esferas no conquistadas aun en su totalidad: la salud y sobre todo la educación. Esta última es la gran batalla que todavía buscará dar el capital.

El ilusionismo (neo)desarrollista pretende ignorar lo evidente. El capital financiero sigue ocupando un papel primordial como garante del proceso de valorización. Si en los ochenta y sobre todo en los noventa tuvo un papel central en la reestructuración del capital, hoy actúa como ‘perro guardián’. Se encuentra siempre listo para presionar (bajo la forma de la fuga) a los fines de encauzar la reproducción del capital. Sin necesidad del monstruo-fetichismo del (neo)desarrollismo, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el capital (en todas sus formas) domina la sociedad. La deuda externa, la más alta de la historia del capitalismo argentino (no debemos olvidarlo) sigue siendo la espada de Damocles, el garrote listo a golpearlos si osamos salir de los patrones de seriedad y racionalidad del neodesarrollismo.

No estamos en vísperas de un regreso del mítico Estado-social. El Estado hoy defiende al capital bajo nuevas y viejas formas mientras sostiene las condiciones de reproducción ampliada de la precariedad del trabajo. Se consolida en la primera década del siglo 21 la precarización laboral y la super-explotación del trabajo. La apertura internacional, aun bajo el paraguas de un tipo de cambio elevado, mantiene las condiciones que promueven el trabajo sin fin (jornadas extensas, condiciones de elevada precariedad laboral, alta intensidad de trabajo) con salarios por debajo del valor de la fuerza laboral (super-explotación).¹⁶

En efecto, la tendencia neo-desarrollista es buscar la inserción transnacional del capital doméstico sobre la base de la hiper-explotación laboral y salarios por debajo de los niveles mínimos para la reproducción de la vida social de los propios trabajadores. La posición que ocupa el capitalismo argentino en la división del trabajo a escala internacional nos conduce a competir con China, India, etc., sobre la base de un deterioro sostenido de las condiciones de vida. No estamos haciendo referencia a una tendencia a la pauperización absoluta de la población, tendencia que creemos ha terminado con el fin del proceso de reestructuración regresiva. Simplemente entendemos que la estrategia de integración internacional del capitalismo argentino supone como base de competitividad el par tipo de cambio alto / salarios bajos (empleo precario).

¹⁶ La superexplotación se expresa en ingresos en los hogares de los trabajadores menores que los necesarios para garantizar niveles mínimos de vida, capaces de sostener las condiciones históricas de existencia de la fuerza de trabajo (dignas condiciones de vida). Ver Marini (1978).

Sin embargo, la expansión del capital luego de la reestructuración de los noventa está permitiendo consolidar nuevas formas de organización obrera. La lucha aparece, nuevamente, como el único hecho científicamente previsible, como nos lo adelantaba Gramsci (1999: Tomo 4, 267). Por debajo de las burocracias obreras o por afuera de las organizaciones tradicionales se consolidan espacios de oposición a las tendencias neodesarrollistas. La reducción del desempleo (que no es lo mismo que la reducción de la precariedad y la super-explotación) permiten nuevas formas de resistencia. La experiencia que se fue gestando en los años noventa de nuevas formas de articulación y lucha social y política permiten vislumbrar la principal contra-tendencia a la hegemonía del capital estabilizado. Las condiciones objetivas (estructurales) y sobre todo subjetivas (composición política de la clase obrera) nos permiten pensar en una tendencia a la creciente capacidad de organización autónoma de la clase, con eje en los trabajadores ocupados en los sectores formales. La recuperación del protagonismo de las comisiones de base en un sinnúmero de sectores (subterráneos, teléfonos, ferrocarril, etc.), el fortalecimiento de alternativas de oposición en algunos gremios claves (estatales, docentes) y su creciente articulación (por ejemplo, con la conformación del Movimiento Intersindical Clasista, MIC) son señales de ese proceso incipiente.

Reflexiones finales: Más allá del neodesarrollismo

En estos momentos lo importante es evitar confundir al capitalismo estabilizado, en expansión como en la etapa actual, con algo distinto del capitalismo.

No hay capitalismo bueno. El capitalismo es rapaz por naturaleza. En esa rapacidad, en la posibilidad de la apropiación cada vez mayor del trabajo humano, sostiene su reproducción. El capital funciona sobre la base de la posibilidad de poner a todo el mundo a trabajar para su reproducción (Cleaver, 1992b). El capital controla la sociedad por medio de su control sobre el uso de nuestra capacidad de trabajo.

El neo-desarrollismo es la nueva forma de gestión capitalista de la sociedad en Argentina. Si el capital utiliza la crisis como medio para su propio desarrollo, hoy el desarrollismo es la nueva forma de manejo de la crisis. La alternativa no es neoliberalismo o neo-desarrollismo, pues ambas son formas capitalistas de gestión de la sociedad. El neoliberalismo fue el presupuesto del neo-desarrollismo, su fundamento. El neo-desarrollismo nació del seno neoliberal. No es extraño, entonces, ver a personajes tales como Martín Redrado (Presidente del Banco Central), entre otros, todos economistas que fueron parte de la gestión estatal en los noventa (por no hablar de políticos, empresarios, etc.), montados hoy sobre el discurso neo-desarrollista con la fe de los conversos.

La alternativa no puede ser otra que el combate contra las tendencias capitalistas: la expansión sin límites del trabajo, la precarización sin fin de la actividad laboral, la destrucción del medio ambiente, la dominación de lo muerto (el capital, el dinero) sobre lo vivo (la vida, la creatividad y la alegría). El capitalismo es el dominio de las cosas sobre la gente. El poder de la propiedad privada (privadora dice nuestro Eduardo Galeano) sobre nuestras vidas.

El neo-desarrollismo pondrá siempre en el altar del capital al trabajo vivo, no lo dudemos. Frente a la opción entre el FMI o el Pueblo, la opción fue el FMI (el Estado pagó adelantadamente la deuda con éste); hoy hay que elegir entre los pobres y los grandes capitales, estos últimos son elegidos (otorgando subsidios multimillonarios a las grandes empresas capitalistas); entre la lucha contra la indigencia o el capital financiero, la opción es poner al Banco Central a acumular reservas cuantiosas para asegurar el pago a los acreedores. ¿En la próxima crisis, el neo-desarrollismo dudará en poner (nuevamente) al

trabajo en el altar del capital? ¿Dudará en proponerse como la forma de gestión de la crisis?

La batalla es y será siempre enfrentar esa tendencia. La exigencia de mayores salarios permite reducir la compulsión a trabajar, de la misma manera que facilita la organización y la lucha. La reducción del tiempo de trabajo es la contra-cara de la lucha por mayores salarios. Trabajar menos, para vivir más y mejor, esa debe ser la consigna. No trabajar menos para que trabajemos todos, pues en definitiva eso es mentira.¹⁷ Eso sólo significa, en realidad, que trabajaremos todos para que el capital acumule más y los capitalistas puedan vivir mejor sin trabajar. El capital vive sobre la base de nuestro trabajo, vive sobre la base de nuestra compulsión a trabajar, de nuestra pulsión inculcada por el trabajo alienado (la ‘cultura del trabajo’); pues en nuestra sociedad el trabajo es trabajo forzado, heterónomo, bajo el control de las cosas, el dinero y los mercados. La lucha contra la privatización de la vida es también la lucha contra el trabajo sin fin. La sociedad privatizada es la sociedad del capital en donde todo gira en torno al dinero y al trabajo incesante, donde la vida tiene precio al igual que el amor. Luchar por ampliar la vida fuera de los mercados (más salarios, más tiempo libre, más espacios comunes, socialización de la propiedad y autogestión) nos permitirá alguna vez vivir sin mercados.¹⁸

Exigir trabajar menos y ganar más; eso es luchar en y contra el capital. Luchamos contra el capital es decir, contra el poder de lo muerto sobre lo vivo. Luchamos en el capital pues hoy la sociedad es la sociedad del capital pero somos nosotros (los seres humanos) quienes le damos el poder que tiene y podemos quitárselo. El capital aparece como una suma de cosas pero no es más que el producto de las relaciones sociales, de la forma en que nos relacionamos y producimos. Es un producto de los hombres y es nuestro trabajo destruirlo.

Más ingresos, menos trabajo y más autonomía para todos. Eso es lo que el capital no puede darnos y por eso debemos exigirlo. Es materialmente posible, sí, pero no dentro de las relaciones capitalistas de producción. Siendo realistas, debemos pedir lo imposible. El capital mostrará así su verdadero rostro, como límite de las posibilidades de desarrollo de la autonomía y la libertad humana. Trabajar menos y ganar más, nos permitirá vivir más y mejor, en el camino de ser más libres, felices y creativos.

¹⁷ La situación presente, la realidad del neo-desarrollismo, es que el capitalismo no necesita que todos trabajemos menos para que todos trabajemos. Efectivamente el capital es la relación contradictoria entre la necesidad objetiva y subjetiva (política) que tiene el capital de poner a todo el mundo a trabajar como medio para su valorización y dominio, y la tendencia a la reducción en la participación del trabajo (vivo) en los procesos sociales de producción. Es esa contradicción la que conduce al capital sistemáticamente a la crisis y por ello es ‘una contradicción viva’ como señalaba Marx.

¹⁸ Propiedad social no es lo mismo que propiedad estatal. Esta última es una forma mediada de la propiedad capitalista.

Bibliografía

Aspiazu, Daniel, Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel (2004), *El nuevo poder económico en la argentina de los años 80*, Siglo XXI de Argentina, Argentina.

Basualdo, Eduardo (2001), Modelo de acumulación y sistema político en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera, FLACSO/Universidad Nacional de Quilmes/IDEP.

Basualdo, Eduardo, Schorr, Martín y Lozano, Claudio (2002), “Las transferencias de recursos a la cúpula económica durante la administración Duhalde. El nuevo plan social del gobierno”, Buenos Aires, Marzo.

Bonnet, Alberto y Glavich, Eduardo (1993), “El huevo y la serpiente: Notas acerca de la crisis del régimen democrático de dominación y la reestructuración capitalista en Argentina, 1983- 1993 (primera parte)”, *Cuadernos del Sur*, 16, Buenos Aires.

CEPAL (1996), Desarrollo con equidad. Hacia una nueva articulación de políticas económicas y sociales en América Latina y el Caribe, Nueva Sociedad, Caracas.

Cleaver, Harry (1992a), “The inversion of class perspective in marxian theory: From valorisation to self-valorization” en Bonefeld, Werner, Gunn, Richard y Psychopedis, Kosmas (ed.) *Open Marxism*, vol. II, (Londres: Pluto Press).

Cleaver, Harry (1992b), “Theses on secular crisis in capitalism: the insurpassability of class antagonism”, *Rethinking Marxism Conference*, Amherst, Massachussets, EE.UU., Noviembre.

Cortez, Rosalía y Marshall, Adriana (1986), “Salario real, composición del consumo y Balanza commercial”, *Revista Desarrollo Económico*, Vol. XXVI, 101, IDES, Buenos Aires.

Dussel, Enrique (1988), *Hacia un Marx desconocido. Comentario de los Manuscritos del 61-63*, Siglo Veintiuno Editores, Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Dussel, Enrique (1991), *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*, Siglo Veintiuno Editores, 2da edición, 1985, México.

Féiz, M., Pérez, P. E. (2004): “Conflicto de clase, salarios y productividad. Una mirada de largo plazo para la Argentina”, en *La economía argentina y su crisis (1976-2003). Análisis institucionalistas y regulacionistas*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Féiz, Mariano (2005), “La reforma económica como instrumento de disciplinamiento social. La economía política de las políticas contra la pobreza y la desigualdad en Argentina durante los años noventa”, en *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*, Sonia Alvarez Leguizamón (Editora), CLACSO/CROP/CEDLA, Agosto, Buenos Aires, pp. 275-322.

Féiz, Mariano (2005b), “Los acreedores (siempre cobran) primero”, *Prensa de Frente*, Boletín Quincenal, 29, 19 de Diciembre (www.prensadefrente.org).

Féiz, Mariano (2006), “Una copa que nunca derrama”, *Prensa de Frente*, Boletín Quincenal, 43, 3 de Julio (www.prensadefrente.org).

Féiz, Mariano y Pérez, Pablo Ernesto (2005), “Macroeconomía, conflicto y mercado laboral. El capital y el trabajo detrás de la política económica argentina posconvertibilidad”, *3er Seminario de Discusión Intensiva de Investigaciones “Mercado*

de Trabajo e Instituciones Laborales Post-Devaluación”, PESEI/IDES, Buenos Aires, 29 y 30 de junio.

Furtado, Celso (1974), *O mito do desenvolvimento econômico*, Paz e Terra, Río de Janeiro, Brasil.

Gramsci, Antonio (1999), *Cuadernos de la cárcel*, Instituto Gramsci, 6 Tomos, México DF, Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Lindenboim, Javier, Graña, Juan M. y Kennedy, Damián (2005), “Distribución funcional del ingreso en Argentina. Ayer y hoy”, Documento de Trabajo, 4, CEPED/UBA, Junio, Buenos Aires.

Lozano, Claudio (coord.), Rameri, Ana y Raffo, Tomás (2005), “La situación a finales del 2004 en materia de pobreza e indigencia, distribución del ingreso, mercado laboral y proyecciones. Análisis nacional y regional”, *Boletín estadístico*, IDEP/CTA, Buenos Aires, Julio.

Marini, Ruy Mauro (1978), “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F.H. Cardoso y J. Serra)”, *Revista Mexicana de Sociología*, número especial, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.

Marini, Ruy Mauro (1979), “El ciclo del capital en la economía dependiente”, en *Mercado y dependencia*, Oswald, Úrsula (coord.), Nueva Imagen, México, pp. 37-55.

Marx, Carlos (1994[1867]), *El Capital*, tomo I, vol. 2, siglo veintiuno editores, 19ª edición, México.

Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (2003), *Darío y Maxi, dignidad piquetera*, Ediciones 26 de Junio. Disponible también en (www3.autistici.org/mtdenfrente/masacredeavellaneda/int_mda/libro/indice_y_cuerpo.htm).

Nochteff, H (1994). “Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en Argentina”, en Aspiazu, D., Notcheff, H. (1994), *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina: Ensayos de Economía Política*, Buenos Aires, Editorial Tesis/Norma.

Pérez, Pablo Ernesto (2005), “La reformulación del Programa Jefes y Jefas de Hogar y la (in)empleabilidad de los desocupados”, *V Encuentro Internacional de Economía*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Svampa, Maristela y Pereyra, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros*, Editorial Biblos, Buenos Aires.